

Los refugiados

Es difícil encontrar, en la historia de los exilios, un acto similar al realizado por el gobierno y la mayoría del pueblo mexicano con los españoles que huían de su tierra en llamas y buscaban refugio en el otro lado del océano. Y digo «mayoría» porque es preciso recordar que algunos sectores de la sociedad mexicana se opusieron activamente a las medidas tomadas por el presidente Cárdenas para favorecer a los refugiados españoles. Recuerdo vagamente los manifiestos firmados por las agrupaciones católicas, oponiéndose a la llegada de los «comecuras» y «quemaiglesias» peninsulares. Los sinarquistas (organización campesina ligada a Falange Española, y cultivadora de la retórica fascista, muy poderosa en la década de los treinta); los miembros de la «legión» o «base», asociación secreta de extrema derecha; los «tecos» de la Universidad Autónoma de Guadalajara, enloquecidos nazis autóctonos que levantaban banderas antijudías y veían «masonazos» hasta en la sopa; las sociedades de padres de familia, defensoras del feudalismo doméstico y del santo patriarcado proveniente del «derecho natural»; la Acción Católica, y varias agrupaciones empresariales, encabezaron la oposición a las medidas solidarias dictadas por el régimen cardenista. Se unieron a esta garrulería los «españoles viejos» que festejaron, en el casino español de la ciudad de México, la caída de Madrid, vistiendo a sus críos con la camisa azul de Falange, haciendo el saludo romano y entonando, con la ronca voz de la «ringla de gachupines» de la novela de Valle Inclán, las estrofas del *Cara al sol*.

En contraste notable las autoridades políticas, los intelectuales y las organizaciones obreras y campesinas abrieron los brazos a «los refugiados». El gobierno les ofreció la posibilidad de obtener la nacionalidad mexicana con la simple firma de un documento sumarísimo, y reconoció sus títulos profesionales y grados militares mediante un sencillo trámite testimonial. Numerosos grupos de estudiantes, obreros y campesinos recibieron a los trasterrados en los muelles de Veracruz y de Tampico y en la estación ferroviaria de la ciudad de México.

Se dice que México recibió a más de cuarenta mil refugiados. Ignoro cual sería la cifra exacta; sólo sé que de inmediato se notó la presencia de «los nuevos españoles». Muchos de ellos eran escritores, artistas, profesionales de diversas especialidades, líderes de movimientos políticos y organizadores de sindicatos y centrales obreras. Muy pronto nos dimos cuenta de que nuestro país estaba recibiendo a la élite intelectual de España, pues la presencia y el trabajo de los trasterrados dieron frutos inmediatos y enriquecieron nuestra vida artística, académica, científica, literaria y política.

Son muchos los nombres ilustres del exilio español en México. Ya se han publicado listas casi completas y evaluaciones de las obras que realizaron en nuestro país. Recuerdo, a vuela pluma, algunos de esos nombres: Luis Cernuda, Altolaguirre, Prados, Do-

menchina, Garfias, Bergamín, Moreno Villa, Larrea, Lorenzo Varela, Rejano, Aub, León Felipe, Buñuel, Julio Alejandro, Amparo Villegas, Rodolfo Halffter, vaqueiro Foster, Cipriano Rivas, Alcalá Zamora, Manuel Pedroso, Indalecio Prieto, Recasséns, Gaos, Sánchez Vázquez, Gallegos Rocaful, Remedios Varo, Elvira Gascón... y podría seguir y seguir hasta agotar el espacio que la prudencia me asigna. Y, al lado de este brillante catálogo, nombres más humildes y no por ello menos valiosos. Nombres de científicos, médicos, profesores, agrónomos, militares, campesinos, camareros, obreros especializados... La mayor parte de ellos muy pronto se adaptaron a su nueva patria, y cumplieron, con honestidad y eficacia, sus trabajos diarios.

Alfonso Reyes, fundador de la Casa de España, auxiliado por los refugiados, dio mayores vuelos a su criatura convirtiéndola en el Colegio de México, centro de excelencia académica que tantos beneficios ha dado al país, a pesar de que nos imponga su pedantería. Otros «empatriados» (así los llamaba León Felipe) fueron decisivos en la consolidación del Fondo de Cultura Económica, ejemplar casa editora, y muchos más enriquecieron con sus saberes y entusiasmos a las universidades, al Instituto Politécnico, los centros de investigación, y los colegios fundados por los mismos españoles para aplicar los métodos pedagógicos iniciados en la Península por la Institución Libre de Enseñanza.

Mucho se ha hablado sobre los trabajos y logros de los refugiados (uso deliberadamente este nombre que en México, a veces, tuvo un fondo peyorativo) y no quiero insistir en el tema. Baste con recordar, además de lo ya recordado, la obra de Luis Buñuel en el cine mexicano; las aportaciones de Vaqueiro Foster y de Rodolfo Halffter a la música; la de Remedios Varo a la pintura, la de Candela a la arquitectura, Gaos a la filosofía, Recasséns a la sociología, Pedroso al derecho, Sánchez Vázquez a los estudios estéticos, Cipriano Rivas y Amparo Villegas al teatro, y Moreno Villa, Cernuda, Aub, Andújar, Garfias, Rejano y León Felipe a la literatura. Siguen los nombres y las obras. Que el lector aporte sus propios datos y memorias personales.

Quiero llenar una parte de estas desordenadas notas con algunos recuerdos personales que, tal vez, puedan configurar la atmósfera humana del exilio en México. Evitaré en ellas los juicios de valor, conclusiones sociologizantes y especulaciones psicológicas. Pienso que la simple narración de algunos fragmentos de memorias puede ser útil al conocimiento de esa etapa histórica de nuestros países.

Mi abuela tenía en Guadalajara una pensión para estudiantes y empleados. Gracias a este negocito lográbamos ir tirando y hacer las tres comidas de cada día. No hace falta anotar que dichas comidas eran bastante parcas. La abuela «llenaba los huequitos» con robustas sopas de fideos, frijoles guisados y picadillos de imaginativa factura. Un buen día llegó un nuevo pensionista. Era un hombre bajito, vestido de negro, dotado de una poderosa nariz, español, y de maneras suaves y corteses (todo lo contrario del español arquetípico que los iberoamericanos nos hemos formado con base en una realidad mayoritaria). Se llamaba don Ventura y vendía libros a domicilio. Trabajaba para una distribuidora española y, venciendo la repugnancia, ofrecía una voluminosa enciclopedia, una historia de la literatura patosamente censurada, una historia del teatro en la que se hablaba más de Pemán que de Ibsen, y toda clase de manuales para la crian-

za de gallinas y la manufactura de perfumes artesanales. Hablaba poco y se dormía muy temprano. Sin embargo, mi curiosidad lo derrotó y me hizo algunas confidencias: había llegado a México en 1939 con su esposa que murió a los pocos meses. En España había sido funcionario del Ministerio de Instrucción Pública, socialista y colaborador de un diario partidista. Su tierra era algo totalmente difuminado por la lejanía. Asfixiaba sus recuerdos y profesaba un desinterés total por el futuro. Muy pocas cosas me dijo respecto a la política y, si lo hizo, fue para satisfacer mínimamente mis constantes preguntas. Le hacía gracia que un muchacho mexicano sintiera tanta curiosidad por saber detalles precisos de la tragedia española. Un día me dijo «Tuvimos nuestra oportunidad y la desaprovechamos. Lo único que los viejos socialistas podemos dejar a las nuevas generaciones del partido es nuestro ejemplo para que lo apliquen a “contrario senso”. Si no hacen todo lo que nosotros hicimos su éxito será seguro». Su amargura nunca tuvo tonos melodramáticos y jamás se puso a echar las culpas sobre los hombros de los otros protagonistas de la trágica aventura republicana. Un día se fue de casa. La despedida estuvo llena de un contenido afecto. Se iba a Sinaloa para trabajar en una pequeña librería. No me contestó cuando le pregunté si pensaba regresar a España. Me miró con simpatía y sus manos formaron un ademán de cansancio, duda y desinterés. Nunca conocí a un náufrago tan acostumbrado a su isla de refugio, tan poco interesado en otear las lejanías para descubrir las velas de una nave salvadora. Aceptaba su destino y sobrellevaba la vida con un silencio y una resignación tan comedidas, que lo habían convertido en un fantasma. Más tarde, leyendo a Bulgakov, lo comparé con los rusos blancos refugiados en Constantinopla y hundidos en lo que el autor ruso llamaba el no ser.

Don Ventura era uno de los casos aislados de aceptación absoluta de la derrota. Los otros que recuerdo seguían pendientes de lo que pasaba en España, militaban en sus partidos, alimentaban sus rencillas retrospectivas y ansiaban regresar a su tierra ya liberada de la dictadura de los espadones. Publicaban revistas y periódicos, sesionaban en las Cortes que se improvisaron en el edificio del Departamento Central (el ayuntamiento capitalino), y llenaban los cafés de la ciudad con sus robustas voces que contrastaban con el cuasi murmullo de los mexicanos (ahora, viviendo en Grecia, me doy cuenta de que ese desmesurado tono de voz brota del Mediterráneo) que participaban en las tertulias, tomaban partido y hasta aventuraban algunos dubitativos comentarios. (Véase el cuento de Max Aub *La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco*).

La mayor parte de los miembros de mi generación recordamos a algún profesor español que nos enseñó mucho en la preparatoria o en la universidad. Fueron buenos y generosos esos trasterrados que, como decía Garfías, tenían a España presente en el recuerdo y a México presente en la esperanza. Digo esto evitando el tono de discurso y sin pretensión alguna de solemnidad. En nuestras historias personales siempre aparece un español refugiado que iluminó con inteligencia un momento de nuestras vidas.

El canónigo Gallegos Rocaful decía misa todas las mañanas en una iglesia cercana a su casa, daba clases en el seminario y en la universidad, dictaba conferencias, y escribía sus libros sobre filosofía tomista, Vitoria, Suárez y Mariana. En ese tiempo yo estudiaba en un colegio de jesuitas y tomaba clases de ética con un sacerdote vasco que

nos atiborraba con sus recuerdos de la «cruzada nacional». Nos daba a leer novelas y libros de memorias escritos por combatientes del ejército franquista (este material, casi hagiográfico, ocupaba varios estantes de la pequeña biblioteca del colegio). Todos eran iguales: el personaje central era un muchacho católico, guapo y del norte, rubio y de comunión diaria. Los otros personajes eran: la madre rezandera, hermosa, buena cocinera y mejor pastelera; la novia, pavorosamente casta; los amigos falangistas buenos y rubios (véase *Dos Españas*, de don Rafael Doble Pérez); el alcalde republicano torvo, bajito, bigotón, con tendencias asesinas, y comecuras; el sacerdote oculto en la montaña que bajaba por ella para impartir la santa comunión y, por último, un grupo de muchachas que, con el debido recato, organizaban romerías y bailecitos en los que, implacablemente, triunfaban las buenas costumbres. Venía la guerra, el personaje central se iba de piloto, ganaba, entraba en Madrid y recibía un beso en la mejilla de su novia ya próximamente señora. Con pequeñas variantes (de vez en cuando el piloto se partía la crisma y se convertía en mártir; a veces el alcalde organizaba «paseos» y, ocasionalmente, la novia sucumbía en un bombardeo) todos estos libros presentaban a los «rojos» como enemigos acérrimos de la religión y de la castidad (años más tarde el estalinismo produjo novelas y películas alarmantemente parecidas al material hagiográfico de la «Santa cruzada»). Por eso llamaba la atención ese canónigo que había sido «rojo». No recuerdo que Gallegos haya intentado jamás clarificar su postura. Predicaba con el ejemplo y, de esa manera, nos obligaba a enfrentarnos a los múltiples matices de la historia de la República española. Su antimaniqueísmo era ejemplar, su discreción y prudencia fueron verdaderamente paradigmáticas.

Don Salvador, catalán que llevaba sus eles hasta el delirio gutural, se enriqueció en México. Empezó como camarero, y gracias a su ánimo industrial, acabó como dueño de hoteles y de fondas de lujo en un lugar de la provincia. A veces comíamos en su casa. Un día, frente a un plato de perfumadas butifarras me confesó su íntima tragedia: «Lo ve usted, amigo mío, qué dura es la vida. Yo que fui anarquista en Tarragona, mire en lo que he venido a parar, en millonario». No pude contestarle nada. Me concentré en las butifarras y evité su mirada que pedía comprensión y simpatía.

Lolita, también de Tarragona y anarquista, se casó con un poeta mexicano que llevaba la bohemia a extremos hospitalizables. Pronto quedó viuda y consiguió un trabajo en la universidad. La recuerdo vestida de negro, con sus gruesas gafas y su pelo pulcramente peinado. Lolita estaba preocupada por el comportamiento de sus compañeros de exilio. Se tomaba muy a pecho todos sus logros y desaciertos. Con regocijo me informaba: «Roces ya terminó su traducción de Marx; Cernuda habló ayer en el Colegio de México; la maestra Trueta da un brillante curso de historia en el Colegio Madrid; hoy estrena una nueva obra Rodolfo Halffter; Buñuel ganó el premio del Festival de Cannes». Con pena nos daba la lista de los mal portados: «fulano, mengano y zutano se han enriquecido; perengano habla mal de los mexicanos...» Observaba a sus compañeros de exilio para defender el prestigio de España. Estaba segura de que su presencia y su obra en México vendrían a hermanar sólidamente a los dos países. Pocas personas he conocido tan fraternales y delicadas como Lolita. Su tumba en el Cementerio Español tiene un sencillo epitafio: «Dolores, española nacida en México, mexicana nacida en España».

Pedro Garfias era un hombre machadianamente bueno, un gran poeta lírico y un ignorante absoluto en las artes de la supervivencia. Nunca tuvo casa; pasaba temporadas en México, Guadalajara, Guanajuato y Monterrey. Sus amigos le organizaban recitales, lo alojaban y atendían sus escasas necesidades de alimento y sus constantes urgencias de bebida. Escribió en México varios libros y en México apareció su obra fundamental: *Primavera de Eaton Hastings*. Contaba que el mejor diálogo de su vida lo había tenido con un borrachito inglés con el que se reunía a beber todas las tardes en un pub de Croydon. Garfias no hablaba inglés y su compañero no conocía el español, pero se contaban sus cosas y llegaron a conocerse a fondo y a simpatizar fraternalmente. Todos recordamos su árbol de la colonia Roma: «Yo conocí un árbol que quería bien. A él le dolía el tronco; a mí el tronco y la sien». A su manera, Garfias fue el poeta más popular del exilio (León Felipe también lo fue. En cambio, Cernuda llevaba una vida muy encerrada. No gustaba de la celebridad).

La capacidad de trabajo y la constante curiosidad eran aspectos proverbiales de la personalidad de Max Aub. A los pocos meses de su llegada a México ya había publicado un luminoso ensayo sobre la novela de la revolución, en el cual reivindicaba a Guadalupe de Anda, el gran novelista de la guerra cristera. Max nos hablaba de su infancia valenciana, de sus aventuras teatrales, de la guerra civil, de su trabajo en la Exposición de París, de su experiencia cinematográfica al lado de Malraux, de la huida, de los campos de concentración en Francia, la cárcel argelina de Djelfa, y el viaje hacia la libertad. Max estaba presente en todos los momentos de la vida intelectual mexicana. Participó en la fundación de Radio Universidad y de la colección discográfica *Voz viva de México*. Su pequeña figura recorría los escenarios teatrales, las aulas universitarias, las salas de conferencias. Era indispensable contar con su inteligencia y su agudo sentido crítico para echar a andar los más arduos proyectos editoriales o de difusión de la cultura. Su genio y su figura marcaron y enriquecieron la vida intelectual de nuestro país.

La Casa del Lago es un centro de difusión cultural de la Universidad Nacional situada en el corazón del bosque de Chapultepec. Es una construcción decimonónica dotada de salas para teatro y enseñanzas artísticas, galerías y un foro abierto para conciertos y danza. Frente a la Casa hay una pequeña glorieta rodeada de ahuehuetes y robles centenarios. En medio de la grama crece un olivo zamorano y a su lado hay una estatua sedente. Es la del poeta León Felipe captado en su habitual postura de reflexión y ensoñamiento. En sus fuertes manos hay un bastón nudoso y su cabeza romana está tocada por la boina que siempre lo acompañó. La estatua representa elocuentemente lo hecho por los refugiados: se instalaron en el mismo corazón de su nueva tierra y le entregaron su vida y su obra. Estamos a mano: México les abrió los brazos y ellos pagaron con creces, protagonizaron el que a mi entender es el mejor momento de solidaridad fraternal entre los pueblos de Iberoamérica.

Detengo este fluir de recuerdos y evito cualquier conclusión. Dejo así las cosas, pensando en don Ventura, en Garfias, en Lolita, en todos esos españoles nacidos en México, mexicanos nacidos en España.

Hugo Gutiérrez Vega



Lázaro Cárdenas